





Alfonso Moreno García de la Filia

*Odiaos los unos
a los otros*



LETRAS DE AUTOR

COLECCIÓN POESÍA Nº 28

© Alfonso Moreno García de la Filia

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Digitalización de los poemas: Manel Gausachs

Diseño de portada: Manuel Labrador Burillo

Maquetación editorial: Georgia Delena

Primera edición: marzo 2017

ISBN: 978-84-16958-77-1

Depósito Legal: M-10096-2017

P.V.P.: 15 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

“Un dia tràgic la gent més innoble d’aquesta terra desfeia la pau.”

Esperanza se llamaba
y realmente lo era
para amor que inauguraba
un corazón sin banderas.

Y en mi alma combustible,
prendió la llama muy pronto
y a ella, también posible,
le llegara a lo más hondo.

Era mi novia primera
—la que no se olvida nunca—
y a la que vimos tan bella
como no lo fue ninguna.

Atrás quedaba Matilde,
que resultó aprendizaje
en mis años juveniles
para futuros rodajes.

Quedaba atrás también Nieves,
de autorizados romances
para curioseos leves
de mundo, demonio y carne.

Y más lejos, la Rosita
y ya la invisible Dora,
las pacientes en mis clínicas
donde fui doctor en sobas.

Y ya hecho este inventario,
que resulta reducido,
prosigo con mi diario
ahora a Esperanza ceñido.

Ambos tuvimos entonces
unos diez y siete años.
Intactas las ilusiones,
sin límite el entusiasmo.

Fueron semanas, muy pocas,
de tonteos absolutos
con posible ir a Mallorca
los dos y nutrido grupo.

No era el ayer como ahora.
Ignoro si en bueno o malo
cuando el viajar con la novia
no se hacía en solitario.

En esta edad aún no existe
la transmisión por palabras
y todo lo que se dice
se dice con la mirada.

Mes de julio y diez y ocho,
de fecha para la Historia
de un treinta y seis de congijos
de inextinguible memoria.

Era en el día siguiente
cuando iba a zarpar el barco
que por rutas de occidentes
traspasara el breve charco.

Fue domingo, y hacia el alba
oí lejanos disparos,
que al principio creí salvas,
pero que no eran petardos.

Eran ruidos artilleros
y balbucir de fusiles
y cortos tartamudeos
de ametralladoras viles.

Pero terco en ilusiones
no aceptaba a resignarme
a que estas detonaciones
no eran de fiesta el arranque.

Y en ignorancia que aún dura,
que no enmendaron impactos,
sostenía mi postura
de que zarparía el barco.

Esto es sólo cuatro tiros,
dije a mis padres con ira,
e igual dije a mis amigos
con rabia mal contenida.

Y al consultarlo por votos
siendo los cautos más número,
ganaron los temerosos
y no se movió ninguno.

Tampoco partió del puerto
nuestro paquebot soñado
y se empezaba a ver muertos
casi por todos los lados.

Tuvieron razón los tales
porque aquello no era un juego.
Era una lucha en las calles
de militares y pueblo.

O así pareció de pronto
a ignorantes en política
y a muchos, cual yo, muy tontos
que aún en cigüeñas creían.

Esto lo acepté sin peros,
mas la evidencia fue otra.
No era rebelión de obreros
ante empresarios y tropas.

Fue una lid entre malvados
que no ocultaban su rostro
contra otros disfrazados
de curas, milicia y doctos.

Por una parte luchaban,
con espantoso denuedo,
idealistas de fábrica
al mando de aventureros.

Estos con alcohol e himnos,
con ofertas de saqueos
y un porvenir de optimismos
los mantenían sin miedo.

Sus contrincantes usaban
acicates paralelos,
pero mezclando la Patria,
familia, historia y los Cielos.

Tenían éstos banderas
con bordados de algún dato.
Los otros, unas señeras
que denunciaban ser trapos.

Pero pretendían todas
estimular al soldado
junto con algunas coplas
y juramentos macabros.

Si unos eran nefandos,
los otros de igual calaña,
y unos se llamaban bandos
y los de enfrente eran bandas.

Estas denominaciones
fue la sola diferencia
que existió en aquellos hombres
de idénticas apetencias.

Tuve cantos de sirena
que encubrían amenazas
de agentes de ambas ideas
que me prometían Jaujas.

Pero yo no comulgaba
con ruedas de estos molinos
y evadirme procuraba
de individuos tan ladinos.

Era mi Patria, mi casa
y mi ideal, el deporte
y alguna que otra muchacha
constituían mis dotes.

“Vingué la guerra, ferotge, sens treves, al nord, al centre, al sud i al levant.”

Lo que fue una rebeldía
agrupó tantas sandeces
que una guerra parecía
y que lo fue en pocos meses.

Unos se llamaban blancos,
y antagonistas, los rojos.
Y aquéllos, sí, no eran mancos;
mas éstos, mancos y cojos.

Yo me hallaba en Barcelona,
en residencia minúscula,
cuya ciudad era zona
del mando de la República.

Llamaban muchos a filas
en reposición de huecos
pues la guerra se comía
a jóvenes y hasta viejos.

Sólo con temor escaso
estas cifras contemplaba
pues creí que mi reemplazo
lejos de llamada estaba.

Pocos en mi cuenta eran
tener diez y ocho años
para afrontar una guerra
sedienta de veteranos.

Entonces, de forma tímida,
nos afloraba la barba
y las fuerzas, no las mismas
de edades más avanzadas.

Eramos niños sin bata,
recién salidos de escuelas
aún con las bocas de babas
y calzoncillos con mierdas.

No valíamos siquiera
para cargar con fusiles,
ni mantas en bandolera,
ni peines con proyectiles.

Si mucho nos apretaban,
de nuestras bocas silvestres
salían alborotadas
aún nuestras primeras leches.

¿Quién podía utilizarnos
con tales características
y que Mando confiarnos
las defensas y conquistas?

¿Qué autoridad competente
querría probar fortuna
llevándonos hacia el frente
sin biberones ni cunas?

¿No es absurdo se arriesgasen
a tamaño infanticidio
y otros Pueblos criticasen
llevar a la guerra a niños?

Era un pensamiento estúpido
el de ir a la contienda.
Todo lo más, como mucho,
secundar en la trastienda.

Sin embargo, llegó un día
que en noche de enhoramala
por las radios nos pedían
con voces avergonzadas.

Yo fui de los de la guerra,
de aquellas imberbes quintas
que vistieron kaki, entera,
una época maligna.

¡Adiós, sueños sin reservas
de juventud que empezaba!
¡Adiós, novias sempiternas
que deprisa se esfumaban!

No vi jamás a Esperanza
pese a rebuscarla adicto,
por teléfono y andanzas
y más allá del conflicto.

Conocer tan sólo pude
y con extensas reservas,
que huyó llena de inquietudes
su familia toda entera.

No he vuelto a saber más de ella
y hasta me parece ahora,
que nunca existió esta estrella
de mi Cielo sin auroras.

Era su padre un rebelde,
coronel de artillería,
y, aunque corrieron cual liebres,
por poco se les fusila.

Pasados preliminares
de lo que revuelta era
pese a mis cortas edades
de todo tuve una idea.

Embriagados de uniforme
de fusil y metralleta,
por desfiles y canciones
marchamos como a una fiesta.

Tabaco y bebidas fuertes
borraron novias y padres
y mirábamos la muerte
como accidente improbable.

Y aún imbéciles y memos
mientras pasábamos calles,
cantábamos como ingenuos,
cientos de himnos militares.

Y de cuando en cuando un iva!
como firma en testamento
que a República aludía,
a Cataluña y al Centro.

Conocer nuestro destino
fue de una meta engañosa
y se apostaba que íbamos
hacia un Aragón sin jotas.

También se citó probables,
Jarama y Carabancheles,
contra opinión respetable
de hacer práctica en cuarteles.

Y buena razón tuvieron
los que hablaban de cursillos
pues fuimos a apostaderos
con vanidad de castillos.

Tuvieron lugar en Sitges
nuestros albergues primeros
en sus afueras, felices,
hasta que nos conocieron.

Allí tuvimos escuela
de ataques y de defensas,
mas en ésta que en aquélla
tal como iba la contienda.

En la masía en que estaba,
disfrazada de caserna,
al principio me añoraba
y más después, conociéndola.

¡Aquel toque de diana
puntual como un eclipse
a la seis de la mañana
me hacía maldecir Sitges!

Y denigraba igualmente
el no haber nacido hembra
que en tiempo tan diferente
de guerras estaba exenta.

Yo que estaba habituado,
aún levantándome pronto,
a ser un rato mimado
por varios "¡Vístete, Alfonso!"

Dormíamos sobre pajas
puede de un palmo de altura
y una manta de las flacas
servía de cobertura.

Consistía el desayuno,
puesto en plato de aluminio
de un café, con gusto a humo,
y a una leche sin dominio.

El pan, de avaras medidas
debía tener distancia
para todas las comidas
pese a ser, después, Numancia.

Las cenas y los almuerzos
también suscitaban quejas
pues a más de no ser recios
eran siempre de lentejas.

Y como muy digna escolta
acompañaban al rancho
patatas y hasta alcachofas,
pero muy de vez en cuando.

Mas de justo quiero darme
al decir que en algún día
huevos duros y unas carnes
inesperadas venían.

¡Cómo mi casa evocaba,
de mi familia el sosiego,
los huevos fritos, las habas,
entonces de privilegio!

¡Aquellos cafés con leche
que mi abuela preparaba
y el atún en escabeche
por el cual aún suspiraba!

Allí conocí a Fernando,
que era Lemus su apellido,
y al principio no fue santo
de mi devoción, ni amigo.

Se había cortado el pelo
para amortiguar calvicie
que la tenía sin pelos
por toda su superficie.

Formaba parte de un grupo
pionero de esas músicas
de unos ritmos absolutos
que siempre estimé de estúpidas.

En cuanto lo permitían
la instrucción y demás clases
cantaban y se movían
cual si de ritos tratasen.

Se me iba haciendo antipático
aquel calvo tan ridículo
ante mis ojos, no prácticos
en semejantes artículos.

Yo no elegí camaradas.
Ellos son los que elegían
y se ve yo no gustaba
y casi sólo vivía.

Me refugié en la lectura
y escribía algunos versos
y en esta extraña postura
yo me encontraba tan fresco.

Era lo mío, estar solo
o acompañado de afines
y no muchos, más bien pocos,
pues no abundaban Rocines.

Mas la desgracia aglutina
y limando antecedentes
fuimos todos como piña
cuando se acercaba el frente.

Después de un mes de teórica
y de numerosas prácticas,
en una noche ya histórica
levantamos nuestras anclas.

Era el adiós que pensábamos
que al fin pudiera evitarse.
Un adiós sin dar las manos
ni el del pañuelo agitarse.

Una despedida sosa
con un nocturno de aire.
Anónima, silenciosa,
a la que no acudió nadie.

No se supo en nuestro Centro
si hubieron bajas por muertos
en todos estos intentos,
pues todo allí fue un secreto.

Pasamos por Tarragona
con rumbo desconocido
donde unas tempranas bombas
nos habían precedido.

Lo que se nos dijo luego
es que esta agresión guerrera,
y lo creímos sin peros,
de confianza viniera.

Varias cavernas profundas
nos daban constancia de ello
confirmando lo rotunda
que es la lluvia del infierno.

Mas consoló la matanza
al surgir raro desquite:
que una avión de Alemania
fue abatido por un rifle.

Hubo paros estratégicos
y bajadas y subidas
de aquel ahora más tétrico
que el día de la salida.

Al oscurecer salimos
de entre matas y eriales,
aún con temores de niño
que asiste a lo inexplicable.

Volvieron los aviones
procedentes de Mallorca
e hicieron volar vagones
por suerte, ausentes de tropas.

Y mirábamos al Cielo,
antes punto de oraciones,
como el que mira con miedo
alturas con nubarrones.

Estábamos esparcidos
por despoblados herbajes
cerca de un Cambrils ya herido
por visitas de esta clase.

Lo hacíamos con recelo
como si fuese enemigo
y cual más azul, más crédulos,
que eran de allá los castigos.

Insistían en sus pasos
con búsquedas ofensivas
y hasta hacían vuelos rasos
ametrallando agonías.

Esos mecanismos trágicos
emitían si volaban
unos rugidos dramáticos
que ruina y muerte anunciaban.

¡Qué diferencia de aquellos
que curiosidad y asombro
en tiempos de paz se vieron
como progreso sin fondo!

Poco pensábamos que éstos,
viles heraldos de avernos
serían anexos nuestros
en ya muy cercanos tiempos.

Aquella noche que aún vive
con angustiosa vigencia
en mi mente combustible,
tuvimos terrible escena.